



OPINIÓN

La encrucijada panista y la democracia

Por Marco Arellano Toledo*

El reciente relanzamiento del Partido Acción Nacional es mucho más que un simple rediseño de logotipo o un cambio de eslóganes; es más bien un síntoma claro de la crisis de identidad que atraviesan los partidos políticos en su conjunto.

En el caso del PAN, es la reacción de una organización que, tras un prolongado desdibujamiento desde 2012 y ante el riesgo inminente de acercarse aún más a la irrelevancia, busca a tientas un nuevo camino para participar en la democracia mexicana cada vez más convulsa, más extraviada, más necesitada de cultura política y educación cívica.

Desde su derrota en 2012, el PAN ha navegado en diversas ambigüedades que lo han paralizado y estancado como opción política.

Puede acusársele de refugiarse en un tecnocratismo neutral y de diluir su perfil en aras de mantenerse como una oposición genérica; perdió la brújula que durante décadas le garantizó un lugar distintivo en el espectro político mexicano.

Por ende, su relanzamiento es, ante todo, un intento de recuperación ideológica.

La resurrección de los ejes tan cuestionados y equiparados con viejos esquemas de derecha totalitaria como lo son "Patria, Familia y Libertad" no es casual; es una apuesta por inyectar cierto octanaje ideológico para llenar el vacío de su propia identidad.

Frente a un liberalismo que a menudo le habla al ciudadano como un individuo aislado, el PAN busca ofrecer un "nosotros", un sentido de pertenencia anclado en valores muy tradicionales, quizá ya rebasados por las nuevas realidades posneoliberales.

Esta recuperación se enmarca en la búsqueda de una suerte de derecha moderna, un híbrido que la dirigencia panista aspira a construir combinando tres tradiciones: la liberal (defensa a ultranza del individuo), la conservadora (protección de los vínculos culturales, familiares y comunitarios) y la libertaria (desconfianza hacia un Estado intrusivo y omniabarcante).

Este modelo se presenta a sí mismo como el baluarte de la República frente a lo que percibe como la amenaza de un modelo nacionalista y autoritario, encarnado por el lopezobradorismo.

Sin embargo, es precisamente en este punto donde la apuesta del PAN choca con una realidad democrática más compleja, pues la elección de una narrativa de derecha más nítida y combativa tiene implicaciones directas y potencialmente graves para la calidad de la ya erosionada democracia mexicana.

En un contexto de polarización extrema, donde el consenso básico sobre las reglas del juego se resquebraja, la estrategia de presentarse como el dique de contención frente a un proyecto autoritario, aunque pueda movilizar a una base fiel, corre el riesgo de profundizar la fractura social.

Si el partido asume un camino que lo lleva a actuar como dueño de una verdad absoluta, alimenta el juego de todo o nada que tanto daño ha hecho a la lógica democrática.

La democracia no vive de la pureza ideológica, sino de la negociación, el compromiso y la aceptación del adversario como un legítimo contendiente.

Una polarización intensificada limita el crecimiento de los partidos al encapsularlos en sus trincheras y, lo que es más grave, debilita la capacidad del sistema para producir acuerdos y gobernabilidad, sobre todo si Morena ya ocupa un espacio político donde la sordera y el reconocimiento de la otredad es nulo.

Este dilema nos lleva al problema central de nuestra democracia, el cual consiste en que los partidos políticos enfrentan la monumental tarea de actualizarse.

Reformas internas como la afiliación simplificada o la eliminación de la designación directa de candidatos son medidas insuficientes, cosméticas.

Una verdadera evolución de los partidos políticos, la que exige una democracia más activa, implica que estos se conviertan en vehículos de agregación de intereses de la sociedad.

Los partidos políticos deben ser espacios donde se promuevan debates de fondo con visión de largo plazo y que no se reduzcan a su habilidad para ganar elecciones.

Hoy, el relanzamiento del PAN parece un "salto al vacío" porque carece de figuras con el peso y la estatura para encarnar esta nueva-vieja identidad sin caer en la tentación del puro conflicto. Si este intento de redefinición fracasa y el partido sigue sin un liderazgo claro y renovado, su sentencia podría ser la irrelevancia.

La paradoja es cruel, pues mientras nuestro sistema democrático exige partidos sólidos, modernos y democráticos para fortalecerse, la dinámica política premia la polarización que los debilita.

En un entorno donde el desprestigio del acuerdo y la negociación es alto, la capacidad de los partidos para concertar pactos benéficos para la sociedad, más allá de sus trincheras ideológicas, se vuelve crucial.

El relanzamiento del PAN es, en esencia, un experimento de alto riesgo.

¿La derecha mexicana podrá encontrar su rumbo sin hundir aún más el ya frágil barco de la democracia mexicana?

***Marco Arellano Toledo es doctor en Ciencia Política.**

Profesor en el Centro de Estudios Políticos de la FCPYS en la UNAM.



Foto Cuartoscuro

Hoy, el relanzamiento del PAN parece un "salto al vacío" porque carece de figuras con el peso y la estatura para encarnar esta nueva-vieja identidad sin caer en la tentación del puro conflicto. Si este intento de redefinición fracasa y el partido sigue sin un liderazgo claro y renovado, su sentencia podría ser la irrelevancia